

CAPÍTULO 9: PESQUEMOS A LA DERECHA DEL BOTE

Si usted no comparte su fe, tarde o temprano la perderá. Este es uno de los principios más importantes de la vida cristiana. Para mantener la fe, es imprescindible compartirla.

Pero ¿Cómo realizar esta labor? Quisiera llamar su atención, al capítulo 5 del Evangelio de San Lucas, donde se registra el relato de tres, o posiblemente cuatro de los doce discípulos:

Un día Jesús estaba junto al lago Genesaret, y la gente se agolpó alrededor de Él, para oír la Palabra de Dios. Vio dos barcas cerca de la orilla del lago. Los pescadores habían descendido y lavaban sus redes. Subió a una de esas barcas, que era de Simón, y le rogó que la alejara un poco de la tierra. Y sentándose, enseñaba a la gente desde la barca. Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: “Boga mar adentro, y echen sus redes para pescar”. Respondió Simón: “Maestro, hemos trabajado toda la noche, y nada hemos pescado. Pero por tu palabra echaré la red”. Y al hacerlo así, apresaron tal cantidad de peces, que la red se rompía. Entonces, hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que vinieran a ayudarles. Vinieron y llenaron las dos barcas, de tal manera que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro cayó de rodillas ante Jesús, y le dijo: “Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador”. Porque el asombro se había apoderado de él, y de sus compañeros, por los peces que habían capturado. Lo mismo les pasó a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: “¡No temas! Desde ahora pescarás hombres”. Y cuando llevaron a las barcas a tierra, dejaron todo y lo siguieron. (Lucas 5:1-11).

Este suceso tuvo lugar aproximadamente un año y medio después que Jesús comenzó su ministerio. Los discípulos habían estado siguiéndolo, pero sólo esporádicamente. Por lo visto, reanudaban la pesca de vez en cuando para proveer ropa y comida a sus familias. Pero después del incidente en esta ocasión, siguieron a Jesús dejándolo todo atrás, y confiando en que proveería para sus necesidades.

Esta historia tiene su contraparte interesante en otro incidente, que sucedió dos años después. Podemos leerlo en el capítulo 21 del Evangelio de Juan. Ya la crucifixión era un hecho pasado, y Jesús estaba por ascender al Cielo. Había acordado encontrarse con los discípulos en Galilea, y ellos estaban esperando su llegada. El versículo 3 dice:

Simón les dijo: “Voy a pescar”. Ellos le dijeron: “Nosotros también iremos contigo”. Fueron, y subieron a la barca. Y aquella noche no pescaron nada. Cuando amanecía, Jesús se presentó en la playa, pero los discípulos no lo reconocieron. Él les preguntó: “Amigos, ¿tienen algo de comer?” Respondieron: “No”. Él les dijo: “Echen la red a la derecha de la barca, y hallaréis”. La echaron, y no la podían sacar, por la multitud de peces. (Juan 21:3-6)

Por lo menos, tenemos dos grandes milagros en el mundo de la pesca, que llamarían la atención de cualquier pescador avezado.

A los pescadores se los describe de diferentes maneras. Una de las más comunes es la ilustración del pescador recostado en un árbol, profundamente dormido, con el sombrero sobre su rostro; a su lado, el caballo pace, y el pescador espera que el pez sea atraído y atrapado.

Es posible, que la Iglesia cristiana haya sido culpable de poner en práctica este método para pescar hombres.

Cierta vez, leí el informe de una gran campaña evangelizadora que tuvo lugar en el Estado de Ohio (Estados Unidos). Las iglesias evangélicas se unieron al esfuerzo, y calcularon que el pueblo tendría uno 135 mil habitantes. Determinaron que habría más o menos unos 50 mil adultos

necesitados de salvación, pero que estaban sin Cristo.

La campaña duró seis semanas, y fue dirigida por uno de los evangelistas más capaces y solicitados de toda la región. Más de cincuenta iglesias cooperaron mancomunadamente, y el resultado final fue la evangelización de 1200 almas. Esto fue motivo de gran regocijo. Pero ¿qué hicieron las iglesias por las otras 49 mil personas que estaban todavía separadas de Cristo? Nada. No emplearon ni sus esfuerzos, ni sus recursos, para dar a los perdidos de esa ciudad la oportunidad de sus vidas, para aceptar el evangelio salvador. ¿Qué más podrían hacer? Habían hecho todo lo posible por que sus gavillas salieran de los campos para ser cosechadas; por que los peces vinieran a la orilla para ser atrapados; por que los muertos vinieran en pos de la vida. Pero 49 mil de ellos insistieron en quedarse donde estaban, y la iglesia se vio impotente ante este desafío.

¿Armoniza esto con el relato de cómo Jesús instruyó a sus discípulos? Él les dijo: “Echen”. Nada de dormir a la orilla, esperando que algunos peces saltaran del agua para ser atrapados. Jesús dijo a uno de sus discípulos: “Boga mar adentro”. La comisión evangélica dice: “Vayan a todo el mundo”.

¿Qué significa “bogar mar adentro”? Veamos lo que dice Efesios 3:17-19:

“Que habite Cristo por fe en su corazón, para que, arraigados y fundados en amor, puedan comprender bien con todos los santos, la anchura y la longitud, la profundidad y la altura del amor de Cristo, y conocer ese amor que supera a todo entendimiento, para que sean llenos de toda la plenitud de Dios”.

¿Acaso “bogar mar adentro” es estrechar más profundamente nuestra relación con el Señor Jesús? No demos por sentado que todos los miembros de la iglesia ya conocen a Cristo. Hagamos de nuestra relación vital con él, la prioridad número uno, de la cual debe surgir toda nuestra testificación. Sólo entonces estaremos listos para bogar mar adentro, y echar la red por el lado correcto.

Quizás la razón por la cual no podamos bogar mar adentro, en términos de servicio y proyección misionera, sea porque nuestra experiencia con Cristo es demasiado superficial. Estamos a la orilla. Es probable que sólo conozcamos la verdad que está sobre nosotros, no la verdad que está en nosotros. Podemos llenar los bolsillos con volantes acerca del evangelio; podemos estar armados hasta los dientes con recursos y puntos de doctrina; podemos estar cargados de bombas evangélicas, pero si no poseemos la verdad, estaremos todavía a la orilla, e ignoraremos lo que realmente significa bogar mar adentro.

Jesús dijo a los discípulos que echaran sus redes. “Echen las redes”, sus redes, es algo muy personal. Sugiero una de las premisas del testimonio evangélico. El que tiene algo que decir, el que ha visto y oído, experimentado y palpado, es el que sabe lo que significa exaltar a Jesús, porque él es el número uno en su vida. Se trata de su propia red, no la de otro. Habla de la suya. ¿Qué ha estado haciendo usted por su red? Si tenemos nuestra propia red, si sabemos lo que significa exaltar a Jesús, ya sea verbalmente o de otra forma, de manera que el pez sea atraído, entonces estamos listos para ir y hacer, decir y ser.

Por lo menos en estas dos ocasiones, los discípulos experimentaron lo que significa afanarse y no pescar nada. En cierta ocasión, hablé con alguien que había estado pescando en Alaska, y me contó lo que significa estar sentado durante cuarenta y ocho horas, y no pescar absolutamente nada. Eso me dio cierta alegría, porque siempre me he sentido triste por los pobres peces. La única vez que atrapé un pez, lo solté instantes después, con un nudo en la garganta, para que pudiera volver a su lugar de origen. Pero los discípulos lucharon toda la noche, y no pescaron nada. Eso no suena como si no hubieran tenido otra cosa que hacer, como el pescador del cuento sentado a la orilla con el sombrero sobre el rostro, y el cordel atado al dedo pulgar de su pie. Quizás usted se

beneficiaría más, si descansara un poquito sentado a la orilla. ¿Para qué pasar toda la noche luchando, si de todos modos no va a pescar nada?

Pero creo que es mejor luchar toda la noche y no pescar nada, que sentarse a la orilla ociosamente; porque ello podría ayudarle a comprender su gran necesidad, lo cual sería un buen final. El estudiante que fracasa en un examen, y como resultado se pone a estudiar como nunca, y aprueba la asignatura con la calificación más alta la siguiente vez, ha descubierto que ese primer fracaso le ayudó, después de todo, a sobreponerse. El atleta que pierde en un evento deportivo, y qué como resultado, decide entrenar como nunca, descubre que en realidad no fracasó. El que fracasa en la prueba de ejercitación de un hospital, y empieza a caminar y a hacer ejercicio constantemente, descubre como resultado, que un fracaso puede convertirse en ganancia. ¿No es cierto?

Los discípulos que lucharon toda la noche y no pescaron nada, decidieron olvidar su insensata independencia y suficiencia propia. Estaban en buena posición, para admitir que no podían hacerlo solos, lo cual es uno de los secretos importantes para realizar la obra de Dios con éxito. En consecuencia, estuvieron listos para obedecer las palabras de Jesús, “Echen la red a la derecha de la barca”: el lugar correcto.

En esta historia, usted notará que Jesús se encontraba en la orilla, y que el lado derecho del bote apuntaba precisamente hacia él. No era nada inteligente buscar peces en ese lado, y además el sol ya se había puesto; así que de todos modos, era realmente demasiado tarde para seguir pescando. De manera que aquí tenemos a Jesús invitándonos a hacer algo que a simple vista parecería absurdo. Ocurre muchas veces, que los verdaderos discípulos de Cristo son inducidos a hacer algo, que viéndolo superficialmente, pareciera necio. No parecía juicioso invadir el campamento de los madianitas con cántaros, teas encendidas, trompetas y solo 300 hombres.

¿Recuerda lo tonto que parecía, que Jonatán y su escudero atacaran solos al enemigo? Pero cuando Jesús da una orden, nunca es una tontería. “Pero por tu palabra, echaré la red”.

Muchas veces, el lado correcto de la barca es el lado equivocado, y viceversa. Pero sería mejor asegurarnos de echar la red del evangelio, hacia el lado correcto de la barca.

Actualmente, la iglesia cristiana ha llegado a un verdadero atascadero. El hecho de que todavía estemos aquí supone un atolladero. A pesar de nuestras buenas nuevas, de nuestro evidente crecimiento, la gente sigue naciendo con mayor rapidez de la que se difunde el evangelio. Es posible que cuando comparemos la obra realizada, con la que aún no ha sido hecha, comprendamos que la iglesia ha estado procurando pescar toda la noche, sin ningún resultado. Quizás, éste no sea el peor lugar para hacerlo, si eso nos conduce a los pies de Jesús, donde podemos aprender a echar la red al sonido de sus palabras, y a ser sensibles a sus órdenes.

Es posible realizar la obra de Dios, como lo haríamos si trabajáramos para una gran empresa de este mundo.

Aparentamos realizar la obra de Dios sin su poder; pero así no llegaremos a ninguna parte. ¿Cómo saber cuál es el lado correcto de la barca? Quisiera sugerir algunos puntos, que podrían ayudarnos a comprender esto. En primer lugar, echemos la red bajo la dirección del bendito Maestro, y no simplemente por nuestra propia iniciativa. El lado correcto de la barca es donde está Jesús, y eso implica que Él debe ser el número uno en nuestra vida. Solamente así, podremos ser verdaderos testigos.

Otro punto importante es su testimonio personal, no de algo que se le ha encomendado hacer. Imagine que su vecino es testigo de un accidente, ocurrido en el centro la ciudad. Lo llaman a comparecer en el juzgado como testigo, pero el día del juicio enferma. Así que lo envía a usted como su representante, con una lista de 28 puntos que detallan lo sucedido.

Usted llega al juzgado armado con esos 28 puntos. El juez le pregunta si usted es el testigo, y usted le dice que sí. Le entrega los 28 impresionantes puntos. Pero hay algo en lo cual usted no pensó. El juez empieza a hacerle algunas preguntas, pero en vista de que usted no estuvo en el lugar de los hechos, no sabe cómo contestar las preguntas relativas al accidente. Entonces, empieza a titubear aquí y allá.

Finalmente, el juez dice:

-Un momento, ¿es usted testigo del accidente: sí o no?

-Bueno, responde usted, tengo que confesarle que el testigo verdadero no pudo venir, pero él me dio estos 28 puntos en las manos.

A veces, se nos olvida lo que significa ser testigos. Para serlo, hay que haber estado en el lugar de los hechos. Hay que haber visto y experimentado el suceso.

Otro factor concerniente a la pesca del lado correcto de la barca es que todo mundo tiene participación. Esta pesca no es tarea de los profesionales solamente. Todos somos discípulos, y cada uno de nosotros tiene una función que cumplir en el cuerpo de Cristo. A veces, olvidamos esta realidad, y esperamos que el predicador lo haga todo, mientras nosotros contribuimos a que se le pague el sueldo. No, todos somos discípulos. El predicador tiene una obra importante que hacer, pero también la tienen los laicos. Y el predicador nunca puede hacer la obra del laico. Todos tenemos que trabajar juntos. Todos somos discípulos. Jesús también nos ha llamado a trabajar para Él.

Mientras la iglesia siga “promoviendo” la ganancia de almas, seguiremos anunciando el hecho de que estamos muertos. Pero cuando la testificación y el trabajo misionero se conviertan en algo espontáneo, porque tenemos nuestras propias redes, y las lanzamos mar adentro, y esta práctica llega a ser nuestro estilo de vida, entonces descubriremos con alegría que estamos del lado correcto de la barca.

¿Y qué podemos decir del éxito? El éxito siempre ha sido una cuestión que tiene que ver con Dios, no con nosotros. Compartimos con otros, no porque estemos seguros del éxito, sino por el gozo de compartir las buenas nuevas. Si una persona, que está en un hospital, está siendo curada silenciosa y tranquilamente por un médico maravilloso, no se contentará con ir por los pasillos ayudando a los enfermos a tranquilizarse, mientras están muriendo de la misma enfermedad que él tuvo. Él va a gritar por los pasillos del hospital, diciendo que tiene buenas noticias: Que su médico puede curarlos a ellos también, ¿no es cierto?

Finalmente, tras echar la red por el lado correcto de la barca, donde estaba Jesús, los discípulos descubrieron que habían capturado una enorme cantidad de peces. Las redes empezaron a romperse, y la barca a hundirse. Es probable que aquí veamos sugerido un hecho, que no nos es del todo desconocido; y es que cuando experimentamos cierto grado de lo que llamamos éxito, las redes se rompen con facilidad, y las barcas se hunden. Usted sabe, queremos que nuestra foto salga en el boletín de la iglesia y todo lo demás, para que el mundo sepa lo que hemos hecho.

Cuando esto sucedió, uno de los discípulos hizo lo correcto. Se llamaba Pedro. Cuando vio que la red se rompía, y la barca se hundía por el peso, cayó a los pies de Jesús, diciendo: “Apártate de mí, porque soy hombre pecador”. Pedro se sintió anonadado ante la presencia del Gigante. Aquí vemos a alguien que se siente como una ciénaga o pantano, al pie de una montaña cubierta de nieve. Vemos a alguien, que como Daniel, lo abandonaron las fuerzas. (Daniel 10:8), y como Isaías, quien cuando tuvo la visión del Señor, pudo decir: “¡Ay de mí, que soy muerto!”. (Isaías 6:5).

Nos damos cuenta de que no lo hicimos por nosotros mismos, sino que el Señor lo hizo por nosotros; y es más, que nosotros somos pecadores. Debemos sentirnos felices, porque Jesús sigue de pie en la presencia de pecadores, aun cuando ellos digan: “Apártate de mí”. Él se queda ahí. Me

siento feliz por el hecho de que cuando Pedro dijo: “Apártate de mí”, estaba en realidad a los pies de Jesús, confiándole su vida. Esta es una escena interesante, y quisiera ser parte de ella, porque solamente allí se salvan las redes, los peces y las barcas, y todo el mundo puede obtener la victoria.

Entonces, Jesús dijo: “No teman”. “Vengan en pos de mí, y los haré pescadores de hombres”. Él mismo ideó la analogía: “Los haré pescadores de hombres”. (Mateo 4:19).

¿Cuáles son sus planes, compañeros discípulos?

¿Han pensado bogar hacia lo profundo y echar la red?

¿Observarán a su vecino, y tratarán de ministrar sus necesidades? ¿Qué de los miembros de su familia, sus vecinos, los habitantes de su ciudad? ¿Y qué de los distantes? “Sígueme, dice Jesús, y yo los haré pescadores de hombres”.

Así se relata que los discípulos, “dejándolo todo, le siguieron”. Lo cual quiere decir, si leo bien, que ahora su principal prioridad era seguir a Jesús. Cuando se levantaban por la mañana, él ocupaba el primer lugar en su lista de prioridades. Andaban con él, hablaban con él, y compartían con él. Todo lo demás era secundario.

Vamos a terminar con la definición de lo que verdaderamente es la red. Se trata de la red del evangelio, y es lo que realmente atrae a todos a la barca. Y ésta representa a la iglesia. ¿Puede incluir en su red a Juan 3:16?

“Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él, no perezca, sino tenga vida eterna”. ¿Y también a Juan 6:37? “Y al que viene a mí, nunca lo echo fuera”. Jesús nunca echa fuera a los que acuden a él. Ellos siempre son aceptados. ¿Está eso en su red?

¿Qué podemos decir de Juan 11:26? “Todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre”. ¿Está eso en su red?

¿Puede usted compartir en forma significativa 2 Pedro 3:9? “El Señor...no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” ¿Está eso en su red?

¿Qué diremos de 1 Juan 5:12? “El que tiene al Hijo, tiene la vida”. ¿Cree usted esto? ¿Tiene usted una amistad estrecha con Cristo? ¿Está ansioso de que su amigo, o su vecino, o su pariente, tengan lo que usted tiene?

¿Tiene usted a 2 Corintios 10:4-5 en su red? “Porque las armas de nuestra milicia no son mundanas, sino poderosas en Dios, para destruir fortalezas..., y cautivar todo pensamiento en obediencia a Cristo”. ¿Está esto en su red? ¿Cree usted que Dios tiene poder para darnos la victoria, y ayudarnos a obedecer? ¿Cómo le parece Hebreos 13:20-21? “Y el Dios de paz, que por la sangre del pacto eterno, resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran Pastor de las ovejas, les haga aptos en toda buena obra, para que hagan su voluntad, haciendo él en ustedes lo que es agradable ante él, por medio de Jesucristo”. ¿Está esto en su red? ¿Tiene usted ambos aspectos de las buenas nuevas, que cantamos con el himno “Roca de la eternidad”?

Roca de la eternidad, fuiste abierta para mí; sé mi escondedero fiel; sólo encuentro paz en ti, rico, limpio manantial en el cual lavado fui.

Quiero invitarlo hoy, a unirse a los discípulos de Jesús junto al mar una vez más, porque él nos llama a todos a realizar su obra.